



Velmiro Ayala Gauna: lo rural como catalizador innovativo en el género policial argentino

Velmiro Ayala Gauna: The Rural as an Innovative Catalyst in the Argentine Detective Genre

 <https://doi.org/10.48162/rev.53.012>

Allen Guillermo Rivas Prado

Asbury University
Estados Unidos
allen.rivasprado@asbury.edu
 <https://orcid.org/0009-0000-1537-8370>

Resumen

Velmiro Ayala Gauna ha desempeñado un papel crucial en el desarrollo del género policial cultivando la tradición del “comisario campero”. Sus historias, ambientadas en Capibara-Cué, introducen elementos innovadores que contrastan el conflicto entre el campo y la ciudad. Este ensayo explora cómo lo rural en los relatos de don Frutos Gómez ofrecen una perspectiva fresca del género policial argentino en estos entornos. Se propone mostrar cómo en los cuentos *Los casos de don Frutos Gómez* (1955-1960) los elementos rurales posibilitan la innovación literaria y ofrecen una perspectiva fresca del género policial argentino al contrastar el conflicto campo vs ciudad. El presente autor argumenta que Ayala Gauna utiliza los crímenes cometidos en el contexto rural de Capibara-Cué para destacar las influencias negativas de la ciudad y el progreso como principales motores de las acciones criminales, mientras reivindica el ingenio, el conocimiento y la justicia pragmática del comisario rural Frutos Gómez frente a la

corrupción, los vicios urbanos y la desigualdad social que afectan a las comunidades del campo.

Palabras clave: crimen, policial, comisario campero, campo-ciudad, civilización, barbarie

Abstract

Velmiro Ayala Gauna has played a crucial role in the development of the detective genre by cultivating the tradition of the “rural commissioner.” His stories, set in Capibara-Cué, introduce innovative elements that highlight the conflict between rural and urban settings. This essay explores how the rural elements in don Frutos Gómez’s stories provide a fresh perspective on the Argentine detective genre in these environments. It aims to demonstrate how, in the short stories *Los casos de don Frutos Gómez* (1955–1960), rural elements enable literary innovation and offer a new perspective on the Argentine detective genre by contrasting the rural vs. urban conflict. The present author argues that Ayala Gauna uses the crimes committed in the rural context of Capibara-Cué to emphasize the negative influences of the city and progress as the main drivers of criminal actions, while also vindicating the ingenuity, knowledge, and pragmatic justice of the rural commissioner Frutos Gómez in the face of urban corruption, vice, and social inequality affecting rural communities.

Keywords: crime, detective, rural commissioner, rural-urban, civilization, barbarism

Introducción

El género policial en Argentina ha sido moldeado por las complejidades sociales y políticas del país, sobre todo desde la modernización ocurrida a principios del siglo XX. En contraste con la tradición anglosajona, donde el detective resuelve crímenes con una lógica implacable y fría, en Argentina esta narrativa ha evolucionado al tratar cuestiones relacionadas con la corrupción, la desigualdad y la violencia institucional. Figuras literarias como Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Rodolfo Walsh revolucionaron el género al incorporar elementos que fusionan lo fantástico con lo político. En tiempos más recientes, autores como Ricardo Piglia, Claudia Piñeiro, Guillermo Orsi, Kike Ferrari y Martín Kohan han continuado esta tradición y puesto enfoque en la marginalidad y la

decadencia de los espacios urbanos. Este desarrollo ha situado a la literatura criminal argentina por encima del entretenimiento, puesto que se ha convertido en un medio poderoso para la crítica social y la reflexión sobre la identidad nacional. Es relevante destacar que esta evolución del género policial no es exclusiva de la Argentina, puesto que ocurre en muchos países latinoamericanos con sus propias peculiaridades. Aun así, en la literatura policial que se estaba gestando en Latinoamérica, incluyendo a Argentina, surge un aspecto “cómico” y ocurrente que la identifica. Citando el estudio “La novela policial en Hispanoamérica” (1973) de José Antonio Portoondo, el escritor cubano Leonardo Padura Fuentes expresa que:

[...] muchos autores prefieren un tipo casi humorístico de investigador privado que, en ocasiones, roza la caricatura. Su método de investigación es más intuitivo que científico, y logra el descubrimiento de la verdad principalmente a través de cuestiones emotivas en lugar de razonamientos lógicos. (p. 39)

Por su parte, Mempo Giardinelli parece coincidir con el dictamen de Padura Fuentes al señalar que “[l]a soledad del protagonista de la novela criminal hispanoamericana es [...] menos trágica, a veces hasta humorística, dotada de una dosis de esperanza que no siempre el autor quiere mostrar al desnudo, acaso por pudor” (1984, p. 223). Sin lugar a dudas, este aspecto burlesco e ingenioso, que abarca desde el humor más nihilista y hasta sucio-realista¹ y que refieren los autores antes citados, se ha propagado en la producción de la literatura criminal latinoamericana, al punto de convertirse en un sello que la distingue de otras literaturas de diferentes contextos geográficos pertenecientes al género.

En paralelo a estas transformaciones que ha experimentado la literatura policial en Latinoamérica y en Argentina a lo largo del siglo XX, autores como Velmiro Ayala Gauna han jugado un papel crucial en su desarrollo y representan a ese arquetipo caricaturesco e ingenioso del detective. Más exactamente, del detective rural o comisario campero. A través de personajes emblemáticos como don Frutos Gómez, este escritor ha expuesto las tensiones inherentes entre el campo y la ciudad. De ese modo, ha utilizado el entorno rural como un escenario ideal para desarrollar

¹ Véase la novela criminal *Simple Blues* (1999), del escritor rosarino Sergio Gioacchini.

tramas que no solo investigan crímenes, sino que también ofrecen una crítica social latente. En las páginas que siguen, este trabajo se propone mostrar cómo en los relatos *Los casos de don Frutos Gómez* (1955-1960) los elementos rurales posibilitan la innovación literaria y ofrecen una perspectiva fresca del género policial argentino al contrastar el conflicto campo vs ciudad. El presente autor argumenta que Ayala Gauna utiliza los crímenes cometidos en el contexto rural de Capibara-Cué para destacar las influencias negativas de la ciudad y el progreso como principales motores de las acciones criminales, mientras reivindica el ingenio, el conocimiento y la justicia pragmática del comisario rural Frutos Gómez frente a la corrupción, los vicios urbanos y la desigualdad social que afectan a las comunidades del campo.

Las promesas de la ciudad y el progreso como móvil principal de los crímenes en *Los casos de don Frutos Gómez*

Don Frutos Gómez, el protagonista de *Los casos de don Frutos Gómez* de Velmiro Ayala Gauna (1905-1967), pertenece a lo que en la literatura policial y criminal argentina se conoce como el “comisario rural”². A propósito, dice Pinatiello, “[e]ste personaje es uno de los aportes más originales que el policial argentino ha hecho al género” (2015, p. 196). Según el propio autor, don Frutos Gómez “está tomado de la realidad y es un típico paisano [...] más astuto que inteligente, gran observador y conocedor profundo de hombres y cosas” (Ayala Gaula 1955-1960, p. 2). Aunque Ayala Gauna basó la mayoría de sus historias en la región correntina, se lo ha clasificado como autor rosarino debido a su residencia en esta ciudad hasta su muerte en 1967. Otro aspecto a considerar es que, si bien en la mayoría de las historias de don Frutos Gómez se observa el constante antagonismo campo vs ciudad, todavía no se ha realizado un

² Según Gerardo Pignatiello, el comisario rural proviene de lo que él denomina el subgénero *policial campero*, que es una crónica policiaca que sucede en el campo (2015, p. 196). “Muchos de los rasgos de Calíbar, ese primer detective rural, se encuentran en los protagonistas de toda la saga rural con los comisarios Laurenzi de Rodolfo Walsh y don Frutos Gómez de Velmiro Ayala Gauna, con el comisario Leoni de Pérez Zelaschi, el comisario Laborde de Manuel Peyrou, el Padre Metri de Leonardo Castellani, con algunos cuentos de Antonio di Benedetto, con las novelas recientes *Cuadro de una muerte dudosa* de Vlady Kocianich y *Blanco nocturno* de Ricardo Piglia, y muchos otros que van construyendo persistentemente el corpus considerable del policial campero argentino” (Pignatiello, 2014, p. 29).

análisis profundo de los prejuicios citadinos y el progreso en estas historias. En las anécdotas de Capibara-Cué³, el pueblo imaginario donde don Frutos Gómez ejerce como comisario rural tras ser enviado allí por su patrón don Juan Román en el cuento “El arribo”, observaremos cómo la atracción que ejerce la ciudad y los vicios de sus habitantes (advenedizos, visitantes, gringos, etc.) se convierten en los principales detonantes de los crímenes que se cometan en este lugar.

Los casos de don Frutos Gómez es una colección de relatos en los que un semi-analfabeto e inusual detective (don Frutos Gómez) es asignado al puesto de comisario de policía en un pueblo del campo correntino que como se indicó previamente, se llama Capibara-Cué. Para resolver los crímenes, don Frutos Gómez utiliza la astucia y sus amplios conocimientos del campo, de las costumbres y la idiosincrasia de los capibara-cueños. Sus estrategias investigativas no convencionales para desentrañar los misterios están acompañados de una dosis de humor gracias a los comentarios de sus subordinados con escasa instrucción formal y al contraste que le añade las discrepancias con Arzásola, el oficial letrado de la ciudad.

Aunque estos relatos fueron escritos en 1955 y 1960 respectivamente, “el momento de los sucesos narrados es un poco anterior [...], inmediatamente posterior a la segunda mitad de la década de 1930” (Pignatiello 2015, p. 199). Este periodo corresponde a la Década Infame (1930-1943), conocida por las crisis económicas, los golpes militares y la consolidación del movimiento peronista. Sin embargo, los cinco años que comprenden la escritura de estos relatos (1955-1960) no son menos convulsos en el país.⁴ En el entorno cultural existía un debate de la intelectualidad y la crítica sobre lo que debía considerarse literatura nacional o no. Huelga mencionar que Ayala Gauna cuestionó este concepto, que según él era un constructo

³ Capibara-Cué es un nombre guaraní que significa “carpincho viejo.”

⁴ Despues que Domingo Perón fue derrocado en un golpe militar en 1955, siguieron dictaduras como la de Eduardo Leonardi (1955) y la de Pedro Eugenio Aramburu (1955-1958) y gobiernos que se enfocaron en la desperonización de Argentina. Esto provocó enfrentamientos entre las fuerzas armadas del gobierno con los grupos de izquierda y la resistencia peronista.

artificial de los críticos y escritores que querían definir la identidad cultural argentina.⁵

Para crear una literatura criminal fuera de los confines de Buenos Aires como proponen Rodolfo Walsh y Velmiro Ayala Gauna (Maltz, 2018, p. 215), el autor de *Los casos de don Frutos Gómez* lo hace de un modo que define su estilo en este género tomando la influencia de la ciudad y el progreso como móvil principal de los crímenes cometidos en Capibara-Cué. Este procedimiento no es gratuito, ya que se alinea con los “asuntos de queja social contra la explotación del hombre por el hombre” (Castelli, 1976, p. 25) que define la ideología de Velmiro Ayala Gauna. En sus cuentos “La justicia de don Frutos”, donde se denuncia que los pobres son más castigados que los ricos por cometer el mismo crimen, y “El accidente”, que trata de una mujer que mata en defensa propia a su presunto violador, “[c]uando la aplicación de la ley y la justicia no convergen es el propio Frutos Gómez quien las equilibra” (Maltz y Moneta, 2021, p. 198). Tal vez por ello el autor, aquejado por las desigualdades y los abusos de una clase más poderosa (citadinos con recursos, médicos, ricos y aristócratas) hacia otra más pobre (los habitantes del campo), representa a la primera como la principal causante de la mayoría de los crímenes cometidos en Capibara-Cué.

En su modo peculiar de denunciar las injusticias de una clase más poderosa y vindicar el paisaje provinciano en pos de crear una literatura criminal única, Ayala Gauna selecciona el ambiente rural y todas sus posibilidades que este le ofrece para su creación literaria. A diferencia de la ciudad, el campo le facilita a Frutos Gómez su labor de detective, ya que en ese espacio esta no se rige por la burocracia y los rituales estrictos como ocurre en la ciudad. En el cuento “Crimen en la madrugada”, Frutos Gómez le contesta a Arzásola luego que este le pregunta sobre el listado de órdenes para llevar a cabo ese día: “Yo no sé cómo se manejan loj policía ‘n la capital,

⁵ Ver los ensayos “El hombre y su sombra” y “¿Existe una literatura nacional?”, ambos escritos en 1960. Más que la idea de una literatura nacional, el autor argumenta que la narrativa argentina muchas veces ignoraba la identidad de las diversas regiones y provincias. “Uno de los mayores méritos -dice de Ayala Gauna, Luis Arturo Castellanos en su introducción al volumen dedicado a *Ayala Gauna. Narrador y poeta*- fue la búsqueda de una literatura nacional a través de lo vernáculo y regional” (citado en Castelli, 1976, p. 28).

pero aquí n'el campo no tenemos denguno d'esos lío y noj arreglamo como Dios noj da a entender" (Ayala Gauna, 1955-1960, p. 9). También en muchas de sus historias el autor se vale del conocimiento profundo de la naturaleza y de la psicología de los lugareños para desentrañar los misterios y desafíos a los que se enfrenta su protagonista. La burla y el desdén por la ciencia citadina y sus métodos para resolver los crímenes son preponderantes en la mayoría de las historias en este conjunto de relatos. En "La pesquisia de don Frutos", don Frutos le responde entre sorprendido y burlón a Arzásola luego que este le sugiere tomar las huellas digitales en el lugar del crimen y enviarlas al laboratorio de la capital: "Acá no usamo d'eso, m'hijo... Tuito lo hacemos a lo que te criaste nomá..." (Ayala Gauna, 1955-1960, p. 17). La desconfianza hacia los advenedizos, a los gringos (inmigrantes colonos) y a los aristócratas, doctores mezquinos y citadinos ambiciosos también es característico en estos relatos de Ayala Gauna.⁶

Si bien los crímenes que se cometan en estas historias son actos execrables y reprobables por su resonancia amoral, no cabe duda que la causa principal son las promesas que ofrece la vida en la ciudad, el progreso y con ello sus vicios y deformaciones. Este *leitmotiv*, propio de la cuentística de Ayala Gauna, se observa en la mayoría de sus historias. En "Crimen en la madrugada", por ejemplo, el asesino de don Lucas es su propio doctor, "[p]orque estaba cansado de la vida del campo y [lo] apremiaban las deudas" (Ayala Gauna, 1955-1960, p. 14). En "La pesquisia de don Frutos" el italiano peón es quien mata y roba al tuerto Méndez. En "Robo en Capibara-Cué" Villa es quien asesina a Santiago y roba el dinero para irse a la ciudad. Para despistar a Frutos y sus oficiales Villa les dice:

Sí, cuando conversábamos, yo le hablaba de la vida en las ciudades, de las diversiones, y le reprochaba el que, siendo tan joven y capaz, se hubiera venido a enterrar en este pueblo. A veces se entusiasmaba y me decía que cuando juntara unos pesos se iría... (Ayala Gauna, 1955-1960, p. 21)

En "La picadura" Justo Tejada, el ayudante del profesor Dovino, quien vestía (Justo Tejada) a los ojos de Frutos y sus oficiales de manera petulante y afeminada como los hombres de la ciudad, es quien asesina al profesor "con la complicidad de la esposa que se aburría soberanamente en el lugar y sería

⁶ Ver "La pesquisia de don Frutos", "La picadura", "La pesca", "Justicia de don Frutos".

beneficiada por la herencia” (Ayala Gauna, 1955-1960, p.34). En “El toro” la innovación de la hacienda de Agapito Etchebere y el mejoramiento de su ganado con recursos más sofisticados es el causante de la discordia entre los granjeros vecinos y la consumación del adulterio. En “La pesca” Rodolfo, el advenedizo de la ciudad yerno de Pedro Almirón, es visto con sospecha en el pueblo. La ambición de Rodolfo y las deudas contraídas en la ciudad lo mueven a asesinar a su propio suegro. En “Justicia de don Frutos” la rapacidad y el vicio de la marquesa de Encinares es la principal causa de los robos.

Las motivaciones criminales de estos villanos mencionados previamente pueden ser entendidas mediante la teoría de la anomia de Richard Cloward y Lloyd Ohlin, la cual plantea que cuando las oportunidades legítimas para el éxito no son asequibles, algunas personas acuden al crimen para alcanzar sus objetivos (Cloward y Ohlin, 1970, p. 150). La motivación criminal de estos personajes en las historias de don Frutos Gómez también se corresponden con las mismas motivaciones planteadas por Gary Becker en su teoría de la elección racional la cual indica que los individuos, además de calcular el costo de las consecuencias de sus crímenes, también evalúan las ganancias de sus acciones criminales y esto es lo que decide si cometen el crimen o no.⁷ Para los personajes que incurren en el crimen en estos cuentos, ellos no sólo creen que sus delitos nunca se descubrirán, sino también que sus ganancias, en este caso dinero y una vida más próspera en la ciudad, superan con creces la devaluación moral de sus actos.

Las posibilidades de un espacio urbano con más oportunidades que atraen a estos homicidas es, según Henri Lefebvre, la promesa de la ciudad como espacio lúdico que resulta tan atractiva para muchas personas. Es la promesa de un espacio urbano que para muchos “es tanto más completa cuanto más información emite y más renueva las informaciones” (1970, pp. 143-144). Esta dicotomía campo/ciudad presente en la mayoría de estas historias también significa para Lefebvre una fuente de conflicto y desigualdad, puesto que la ciudad suele tener privilegios como poder, prestigio y recursos que el campo no tiene (1974, p. 450). De hecho, Lefebvre cree que la sociedad no es más justa y equitativa debido a la

⁷ Ver Becker, G. S. (1968). *Crime and Punishment: An Economic Approach*.

oposición campo vs ciudad que no complementa los valores y ambos modos de vida:

Apropiándose del espacio rural, la ciudad asume una realidad ocasionalmente maternal (almacena, reserva, utiliza para los intercambios beneficiosos una parte del excedente, del cual una parte variable retorna más tarde a los productores originales), y en otros casos masculina o viril (protege explotando; explota protegiendo; detenta el poder; vigila, reglamenta. (Lefebvre, 1974, p. 276)

Este dictamen, además de reafirmar el sentido de justicia social de Ayana Gauna, también evidencia que su sospecha de lo que puede ofrecer la ciudad y las posibilidades del progreso son los principales responsables de las desgracias ocurridas en Capibara-Cué. Por eso, Ayala Gauna, un autor orgulloso de su herencia correntina pero considerado rosarino por haber producido en esta ciudad la mayor y mejor parte de su obra literaria, ha creado un universo personal en el que combina elementos de la tradición gauchesca con el ámbito rural y urbano. Frutos Gómez, heredero del “pesquisante Calibar” y contemporáneo de otros comisarios rurales como Laurenzi de Walsh, Zelaschi de Leoni Pérez, Laborde de Peyrou y el Padre Metri de Castellani, es sin lugar a dudas una figura emblemática en la literatura criminal rosarina y nacional, famoso por su ingenio criollo, astucia popular y un toque de gracia única y natural.

Percepción de impunidad vs realidad

A propósito de lo que se indicó antes, es preciso aclarar que esta tradición del “policía campero” no solo se sitúa en el contexto argentino del siglo XX, sino que se remonta a la tradición del lejano oeste americano. Sobre la herencia de la “literatura western” en cuestión, Mempo Giardinelli declara lo siguiente:

Elementos subyacentes en la mejor novela negra -como el poder, la corrupción, la crítica social- ya estaban presentes en aquel género, en el que se describe la brutalidad del atropello de los blancos contra los indios, el exterminio en aras de una dudosa civilización. (1984, p. 30)

Dicho esto, no es coincidencia que en Argentina el género negro y criminal tenga una de sus fuentes originarias en la obra de Domingo Faustino

Sarmiento, quien “es, junto con otros de sus contemporáneos (Esteban Echevarría e Hilario Ascasubi, por ejemplo) de los primeros en tratar lo criminal de modo literario” (Pignatiello, 2014, p. 12). La dicotomía “Civilización y Barbarie”, central en su libro *Facundo* (1845), representa a la civilización como el progreso, la modernidad, la cultura europea asociada con lo ciudadano, la educación y las instituciones modernas, en contra de la barbarie que encarna lo rural, lo primitivo y el atraso vinculado al caudillismo, las costumbres del campo y la falta de orden institucional. Al igual que en muchos autores argentinos que le siguieron y no huelga mencionar, este binomio abarca y se contextualiza en la obra de Ayala Gauna que se está analizando. Pero, si bien Frutos Gómez se muestra como un típico espécimen rudimentario-rural que encarna la falta de refinamiento tanto lingüística como de método a la hora de resolver los crímenes de su comunidad, no cabe dudas que su ingenio y sagacidad pone al descubierto la visión simplista de Sarmiento que desvaloriza a las culturas locales.

Por otro lado, resulta innegable la marcada influencia de *Facundo* en la creación del “policial campero”, que por cierto Frutos Gómez representa. Sobre todo, la figura del “rastreador Calíbar” ya mencionada, la cual Sarmiento describe en su libro como un indio astuto y valiente, pero también como un arquetipo que representa la resistencia salvaje frente a la civilización. Uno de los pasajes que mejor demuestra esta resistencia a la civilización se observa, valga la repetición, en el cuento “La pesquisa de don Frutos”. Tomando en cuenta que Argentina fue cuna de grandes inventos durante el siglo XX como el de la creación del semáforo especial o *by-pass*, la transfusión de sangre, las jeringas descartables, la birome (bolígrafo), el helicóptero de Raúl Pescara capaz de volar en todas las direcciones y en especial el descubrimiento del sistema de huellas dactilares por un policía en Buenos Aires, justifica volver a comentar el pasaje en que Frutos desdeña el consejo de Arzásola de tomar las huellas digitales en el lugar del crimen y enviarlas para que sean estudiadas en un laboratorio de la capital. Esta renuncia de Frutos, más que un gesto de resistencia a las nuevas herramientas que ofrece el progreso, constituye una reivindicación de la cultura popular, al rastreador, al sabueso. Dicho de un modo más metafórico, es un honor a la figura de Calíbar, quien “transmite a sus hijos y nietos [entre los que se encuentra Frutos] ese saber. Esa ‘ciencia casera y

popular' y familiar se torna indispensable sobre todo en un contexto de justicia dudosa, dificultosa y precaria" (Pignatiello, 2014, pp. 18-19). Precisamente, ese desdén de Frutos por todo aquello que se asocia con la ciudad, refuerza la tesis defendida páginas atrás que los antagonistas son impulsados por las promesas que ofrecen las grandes urbes. Al igual que Poe – pero a diferencia de Sarmiento, quien ve a la "montonera" como un peligro – Frutos concibe a la ciudad, con sus ventajas y todo su progreso, como el auténtico "peligro y refugio del delincuente" (Pignatiello, 2014, p. 23). De ahí su certeza a la hora de descifrar y por ende conectar los crímenes perpetrados en Capibara-Cué con la ciudad, o con los vicios que las promesas de estos espacios urbanos activan en las conductas delictivas de los perpetradores.

Por eso, y por todo lo que lo rural implica, en especial sus aparentes limitaciones, Ayala Gauna explota al máximo este recurso de un modo magistral. Consecuentemente, el autor correntino incorpora un elemento de imprevisibilidad narrativa que solo un talento comparable con el suyo es capaz de alcanzar. El contraste que se deriva de estas limitaciones rurales en el modo que Frutos Gómez resuelve los crímenes, tienen sus causas en la percepción de impunidad de sus perpetradores en este tipo de ambiente. Entre los factores que motivan a algunos individuos del campo a cometer sus delitos, la baja densidad de población es uno de ellos. Si bien es cierto que esta circunstancia puede ser un arma de doble filo, ya que a menos personas, menor es el número de sospechosos, lo cual facilitará las pesquisas del detective campero, también puede funcionar a la inversa. Es decir, que al haber menos personas presentes, eso significa que habrá menos testigos potenciales para observar un crimen. También un mayor sentido de la falta de impunidad. Por cierto, Sarmiento suena la alarma sobre esta cuestión relacionada con los espacios y la población rural de la Argentina decimonónica cuando escribe: "A falta de todos los medios de civilización y de progreso, que no pueden desenvolverse, sino a condición que los hombres estén reunidos en sociedades numerosas, ved la educación del hombre del campo" (2018, p. 62). Poco después, el autor en cuestión expresa sin tapujos la amenaza que estos pobladores del campo representan para él y para el proyecto civilizador:

La vida del campo, pues, ha desenvuelto en el gaucho, las facultades físicas, sin ninguna de las de la inteligencia [...] Sin ninguna instrucción, sin

necesitarla tampoco, sin medios de subsistencia, como sin necesidades, es feliz en medio de la pobreza y de sus privaciones, que no son tales, para el que nunca conoció mayores goces, ni extendió más altos sus deseos.

De manera que si esta disolución de la sociedad radica hondamente la barbarie, por la imposibilidad y la inutilidad de la educación moral e intelectual. (Sarmiento, 2018, p. 64)

Aunque resulta verdadero que estos entornos campestres se prestaban para toda clase de crímenes y barbaridades, por razones harto conocidas, la descripción de la vida rural que Sarmiento expresa arriba deja en claro sus prejuicios sobre estas comunidades y las culturas de los márgenes. Volviendo a Ayala Gauna, decíamos que en sus historias de Frutos Gómez, los crímenes son perpetrados por individuos que se piensan inmunes al castigo de la ley por el hecho de vivir en un “lugar [...] que nadie se encarga [y donde los escasos representantes del orden] investiga[n] algo que la justicia desconoce o sobre lo que, a pesar de conocer, no interviene” (Pignatiello, 2015, p. 96). Sin embargo, resulta paradójico que muchos de los criminales en los cuentos de don Frutos, en vez de personificar al prototípico salvaje montaraz del que advierte Sarmiento, más bien son médicos, inmigrantes, viajantes de ferretería, ayudantes de profesores de ornitología, marquesas y altruistas. No obstante, cabe señalar que en “El accidente”, Fernán Frioli (alias el mocito), quien intentó acosar y agredir a la mujer de Gilberto Pérez, es uno de los pocos personajes gaúchos que se asemeja al paradigma malevo y barbárico tan reprobado por Sarmiento. Pues, Frioli era conocido por ser un jugador con ventaja, contrabandista y mujeriego sin escrúpulos. Su ocupación era principalmente delictiva, se aprovechaba de las debilidades de otros y perseguía a las mujeres de forma persistente. No obstante, queda claro que en los cuentos de Frutos Gómez, los verdaderos agentes de transgresión que intentan irrumpir a las ciudades modernizadas no son necesariamente las masas de gauchos, indígenas y campesinos analfabetos que viven un estilo de vida nómada o semi nómada. Más bien, son aquellos que poseen un cierto nivel de sofisticación en su modo de vivir, en sus profesiones y sobre todo en sus aspiraciones. Esto, además de poner en entredicho a la dicotomía sarmentina, por su determinismo y carácter binario, sobre todo demuestra, según las palabras de Pignatiello, “[e]sa forma, ese dominio, ese conocimiento del espacio

pero también del comportamiento de los que lo habitan es el saber de Frutos Gómez” (2015, p. 203).

El hecho que en estas zonas rurales existe una menor presencia de fuerzas de seguridad, contribuye a que los criminales posean un mayor sentido de impunidad. En estos pueblos rurales, era la norma que un “estanciero” u otro hombre fuerte con suficientes recursos económicos e influencia fuera el hombre fuerte o el único representante del orden local. Esta dinámica de poderes se observa en el cuento “El arribo”, cuando el estanciero Juan Román decide poner a Frutos, quien “[f]ue para él asistente, guardaespalda y confidente” (Ayala Gauna, 1955-1960, p. 2) a cargo de la comisaría en Capibara-Cué. En el texto se caracteriza a Juan Román del siguiente modo: “Él era el cherubichá, suerte de señor feudal, amo de vidas y haciendas, y con esa resignación gregaria del ignorante hacia los jefes, por él vivían, sufrían y se hacían matar” (Ayala Gauna, 1955-1960, p. 2). Como líder y buen conocedor de hombres al fin, Juan Román intuyó que su empleado (Frutos Gómez) era la persona que debía hacerse cargo del orden en Capibara-Cué, porque tenía un “carácter consustanciado con su tierra, sus hombres [...] sus costumbres [...] sus dotes espirituales: su inteligencia – simple, elemental, ruda tal vez, pero justa– y sobre todo su bondad y su comprensión” (Castelli, p. 30). No podía ser de otro modo, ya que debido a la baja densidad de moradores –que a diferencia de las grandes ciudades, no requieren un sistema amplio de control estatal–, de los juegos de poderes basados en hombres fuertes de la zona o caciquismo, y sobre todo por la ausencia de la fuerza policial, se requerían personas de buena voluntad, sentido común y suficiente sentido de la justicia como Frutos Gómez para imponer el orden en estas comunidades de gran vacío institucional.

Los entornos rurales suelen ser amplios y dispersos, con caminos o terrenos de difícil acceso. Esta peculiaridad geográfica dificulta la vigilancia constante por parte de las autoridades y puede hacer que los criminales sientan que tienen más posibilidades de escapar o esconderse tras cometer un crimen. O simplemente, cometerlos y creer que son inmunes al castigo de la justicia. Otro factor que también puede influir en la percepción de impunidad de los criminales es la sensación de aislamiento. Pues, debido a la lejanía de los sistemas normativos que rigen a las grandes urbes, en las

zonas rurales existen menos posibilidades que los crímenes sean detectados o lleguen al conocimiento de las autoridades. Así, este clima de indulgencia penal, fomenta la indisciplina y la violencia. La ausencia de castigo se advierte desde el cuento “El arribo”. Aquí se nota la falta de orden que imperaba en Capibara-Cué hasta que Frutos Gómez enfrenta a Pedro Ibáñez, quien escupe a sus pies y se dispone a atacarlo con un cuchillo, “pero su antagonista, más veloz aún, empuñó la fusta que llevaba colgando de una cadena en la muñeca y le pegó un golpe seco en la mano que le hizo caer el arma” (Ayala Gauna, 1955-1960, p. 4). Esta escena, de indudable influencia gauchesca, muestra, precisamente, la falta de orden y regulación policial que imperaba en los campos argentinos de aquel entonces, y luego en los márgenes de las grandes urbes cuando estos mismos campesinos se vieron obligados a emigrar por causa de la desaparición de los empleos rurales y la creciente industrialización que se llevó a cabo desde finales del siglo XIX y principios del XX. Por eso, y no sin una merecida reputación, estas zonas de ley consuetudinaria se convirtieron en santuarios que albergaron a gauchos matreros, cuatreros, desertores del ejército, salteadores de caminos e indios malones. De un mismo modo, también sirvieron como antecedente literario para obras canónicas como *El gaucho Martín Fierro* (1872-1879), *Juan Moreira* (1879), *Hormiga negra* (1881) y por supuesto las historias de Frutos Gómez.

Otro motivo por el que las personas se creen inmunes al castigo de la ley en estos espacios rurales es por el temor al escándalo. A diferencia de las grandes ciudades, donde la vida suele transcurrir de un modo más anónimo, los moradores de las comunidades campestres suelen ser más conservadoras y preocupados por las apariencias. Entre otras cosas, ello responde a la limitada disponibilidad de oportunidades en comparación con los lugares de mayor densidad poblacional. Un ejemplo de ello se observa en “El permiso”, en donde una joven es violada por un desconocido a altas horas de la noche en el campo y para descubrir al malhechor, Frutos Gómez, de forma astuta, advierte que la chica estaba enferma de lepra. Ante este percance, el culpable confiesa su delito y Frutos lo obliga a casarse con la víctima, so pena de ir a la cárcel. La viuda Ña Micaela y madre de la joven se muestra de acuerdo y de ese modo, “bajo la autoridad del comisario se clausura una diversidad de conflictos religiosos, violentos, de género [y morales]” (Pignatiello, 2015, p. 203). Todo esto es cierto, pero también lo

es el hecho que de haberse hecho público la violación de la víctima y con ello el castigo de Pancho López, su victimario, la joven, mancillada su honra, tal vez hubiera perdido la habilidad de casarse y de tener una familia. En una urbe de cientos de miles o de millones de habitantes, resulta más fácil de ocultar estos contratiempos, pero no en un pueblo del campo. Por ese motivo, Frutos aplica la justicia en este caso de un modo poco convencional que difiere del reglamento sistematizado tradicional. Es decir, del castigo de la cárcel.

En “Justicia de don Frutos”, la sensación de impunidad relacionada con el temor al escándalo, se evidencia en la conducta delictiva de la marquesa de Encinares, quien, aprovechando esta coyuntura, le roba a los clientes de la estancia de los ingleses conocida como “The Green Land”. Cuando Frutos le explica a su esposo el marqués que el almizcle impregnado en las prendas robadas por su esposa se encuentra esparcido por todo su cuarto y que esto constituye la prueba del delito, este le contesta: “No siga que tiene razón – concedió el marqués–. Pagaré lo que sea, pero que el asunto no se haga público. Mi pobre mujer ha vuelto a las andadas, aunque ya la creía curada, porque la pobre es cleptómana” (Ayala Gauna, 1955-1960, p. 50). Esta actitud apañadora del marqués prueba cómo los lazos familiares, al ser muy fuertes, pueden derivar en un nivel de protección en el que se evita denunciar los crímenes para que no afecten a los seres queridos. Resulta innecesario señalar que este instinto de supervivencia familiar no solo se reduce a los ambientes rurales. De igual modo, el esfuerzo de Míster Henry Williams, el dueño de “The Green Land”, de no publicitar este escándalo es común en todas las sociedades, especialmente en las más pudientes. Sin embargo, el hecho que esto ocurra en un contexto rural lo vuelve aún más propenso a permanecer en secreto. Por su parte, la marquesa de Encinares es consciente de estas debilidades del sistema y las aprovecha en su beneficio.

Llegados a este punto, podemos concordar hasta cierto límite con Castelli que los delincuentes de estas anécdotas

[...] no son los típicos del género tradicional, criminales natos o mentes perfeccionadas en el ejercicio del delito, sino hombres comunes a los que circunstancias críticas, en un medio donde la naturaleza favorece la violencia y anula ciertos controles de la voluntad, llegan al asesinato

movidos primitivamente por pasiones desatadas o por primitivos sentimientos de odio o venganza. (Castelli, p. 31)

Además de ello, también puede añadirse que la mayoría rompe el molde de individuos comunes como el descrito. El modo en que se distinguen sus acciones, radica en que las influencias negativas de la ciudad y el progreso son los principales motores de sus acciones criminales. También, en la forma que contradicen el binomio “Civilización y Barbarie” promulgado por Sarmiento. Una característica notable de esta disonancia es que los infractores, pese a pertenecer a esa fauna barbárica de la que Sarmiento tanto nos previno, poseen una sofisticación e ingenio característico de los entornos más civilizados y no al revés. En este sentido, podemos afirmar que este constituye el aporte principal de esta reflexión. Lo otro que es factible señalar es que en estas historias de Ayala Gauna el entorno rural se convierte en un catalizador de innovación dentro de la escritura policial. Pues, a través de la figura del comisario rural y las dinámicas sociales del campo, se logra romper con las convenciones tradicionales del género policial y brindar nuevas perspectivas y críticas de la sociedad argentina. Así, el autor correntino transforma el campo en un espacio cargado de significado, donde se entrelazan las tradiciones locales con transformaciones narrativas que reflejan las tensiones sociales de su tiempo. Este abordaje, lejos de ser un mero recurso estilístico, permite trascender las fronteras del género policial y establecer un diálogo constante entre la literatura y la realidad histórica que las contextualiza.

Referencias

- Ayala Gauna, V. (1955-1960). *Los casos de don Frutos Gómez*. Scribd.
<https://www.scribd.com/doc/57248366/Los-casos-de-Don-Frutos-Gomez>
- Ayala Gauna, V. (1960). *El hombre y su sombra y ¿Existe una literatura nacional?* Cuadernos de la diligencia.
- Becker, G. S. (1968). Crime and Punishment: An Economic Approach. *Journal of Political Economy*, 76(2), 169-217. <http://www.jstor.org/stable/1830482>
- Castelli, E. (1976). *Velmiro Ayala Gauna, hombre de tierra y litoral*. Ediciones Colmegna.
- Cloward, R. A., & Ohlin, L. (1970). *Delinquency and opportunity*. Routledge.
- Giardinelli, M. (1984). *El género negro. Orígenes y evolución de la literatura policial y su influencia en Latinoamérica*. Capital Intelectual.

- Gioacchini, S. (1999). *Simple blues*. Editorial Ciudad Gótica.
- Gutiérrez, E. (1881). *Hormiga Negra*. Imprenta de La Patria Argentina.
- Gutiérrez, E. (1888). *Juan Moreira*. N. Tommasi & Cía.
- Hernández, J. (1897). *El gaucho Martín Fierro* (10^a ed.). Librería Martín Fierro.
- Lefebvre, H. (1970). *De lo rural a lo urbano* (J. González-Pueyo, Trans.). Anthropos.
- Maltz, H. (2018). Cromo, un “eco-thriller científico”. A *Contracorriente: Una Revista De Estudios Latinoamericanos*, 15(3), 211-226.
<https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/1655>
- Maltz, H., & Moneta, L. (2021). Don Frutos Gómez y el policial correntino. In R. Setton & G. Pignatiello (Eds.), *El policial argentino en el período clásico (1930-1960) entre Sur y el peronismo*. Medio Siglo, pp. 195-201.
- Pignatiello, G. (2014). Facundo y los orígenes del policial campero argentino. *Cuadernos Americanos*, 28(2), 11-32.
<https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/1366/2468>
- Pignatiello, G. (2015). Los comisarios: Policiales camperos de Velmiro Ayala Gauna y Rodolfo Walsh. A *Contracorriente: A Journal of Social History and Literature in Latin America*, 13(1), 195-215.
<https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/1366/2468>
- Portuondo, J. A. (1973). La novela policial en Hispanoamérica. *Astrolabio*. Arte y Literatura.
- Sarmiento, D. F. (2018) *Facundo o Civilización y barbarie*. Biblioteca del Congreso de la Nación.